

Capítulo 1

Londres, Inglaterra, 1720

Bronwyn, nos descubrirán.

—Tú vigila. —Bronwyn Edana siguió peleándose con la cerradura—. Ya casi lo tengo.

Olivia se secó las lágrimas de miedo que le humedecían las mejillas y continuó vigilando el oscuro pasillo de aquella posada llamada *The Brimming Cup*—. No deberíamos hacer esto. Si nos descubre el posadero...

—Escucha el gemido. —Al otro lado de la puerta se oía un lloriqueo. Bronwyn bajó la voz—. Esa persona está enferma o herida, o algo por el estilo. ¿Quieres abandonar a un ser humano en ese estado agónico?

—No... —contestó Olivia, pero no sonó muy segura.

—Por supuesto que no.

—Pero mamá y papá nos han dejado al cargo del posadero mientras están en Londres, y ha dicho el posadero que...

Bronwyn siguió manipulando la cerradura con el largo clavo de hierro y logró por fin activar el mecanismo del interior.

—¡Ya lo tengo! —dijo, jactándose de su hazaña, pero acto seguido refunfuñó cuando el clavo se deslizó y cayó al suelo. Enderezándose, le replicó a su hermana—: El posadero ha ignorado los gritos pidiendo ayuda de esta dama. Dijo que el caballero que había alquilado la habitación era un hombre respetable y que había pagado un precio elevado. Lo único que le importa es el dinero y procurar que nos quedemos encerradas en la habitación como buenas damiselas.

—¿Y si mamá y papá descubren lo que hemos hecho?

—Dirán que hemos hecho lo correcto.

Olivia miró fijamente a su impetuosa hermana.

—De acuerdo. Habrían dicho que lo ignoráramos. —Se secó el sudor de la mano con la falda del atuendo de amazona e intentó aplacar el temblor de los dedos—. De no haberse empeñado mamá y papá en ir a visitar al prestamista, no estaríamos en esta asquerosa posada. En cuanto reciban por parte de lord Rawson la dote que me corresponde, volverán a ir desahogados y no tendremos que alojarnos en lugares tan horribles como este.

—Oh, Bronwyn. —Olivia suspiró—. En cuanto reciban tu dote, te casarás y ya no nos acompañarás a lugares tan horribles como este.

Un impulso de desafío rebelde estabilizó por fin la mano de Bronwyn.

—De modo que mamá y papá tendrán que soportar las consecuencias de nuestra aventura... si lo descubren.

—Estoy asustada —reconoció Olivia.

El amor que Bronwyn sentía por su hermana de dieciocho años entibió su exasperación. Siempre había cuidado de Olivia, desde el día en que, con cuatro años de edad, sus padres le mostraron aquel precioso bebé. Pero Olivia era la personificación del conformismo.

Y Bronwyn no tenía tiempo para conformismos en aquel momento.

—Puedes volver a tu habitación si te apetece. Puedo hacerlo sin tu ayuda —dijo Bronwyn, herida.

—¡No! —Olivia inspiró hondo, nerviosa—. No, jamás te dejaría, lo sabes. Pero...

Con una prontitud que la delataba, dijo entonces Bronwyn:

—De acuerdo. Si esto es tan grave como parece, te necesitaré. —Apoyó todo el peso de su cuerpo sobre el clavo de metal y se escuchó el clic del pestillo—. ¡Ya lo tengo!

Puso la mano en el pomo y se preparó para entrar.

—Yo vigilaré la puerta —susurró Olivia.

Bronwyn se detuvo un momento para sonreírle con cariño.

—Sé que lo harás. Confío en ti. —Entró en la habitación y se acercó a la cama. Los sollozos la guiaron hacia allí, pero no estaba preparada para enfrentarse a la imagen de aquella mujer joven y magullada

que descubrió envuelta entre las sábanas. La determinación de Bronwyn vaciló por un instante y se esforzó por superar la debilidad que amenazaba con menoscabarla. Se acercó a la mujer—. Permítame que la ayude.

Un ojo de la mujer trató de abrirse y centrar la imagen; el otro permanecía cerrado debido a la hinchazón. Abriendo su magullada boca, dijo por fin:

—*D'eau*.

Bronwyn se quedó mirándola.

—¿Qué?

—*D'eau* —musitó de nuevo.

La mujer hablaba francés. Bronwyn recurrió a sus escasos conocimientos de aquel idioma para traducir.

—Agua. —En la estantería había una jarra, un vaso y un cuenco. Llamó a Olivia para que llenara el vaso y su hermana entró a regañadientes en la habitación—. Tendrás que darle de beber mientras yo la aguanto —le ordenó Bronwyn.

—Oh, Bronwyn, ojalá hubiéramos ido directamente a casa de lord Rawson. Estoy muy asustada —dijo Olivia, sollozando casi, y Bronwyn le dio una palmadita en la espalda.

—Valor. —Le pasó el vaso—. Te necesito.

Bronwyn se sentó en la cama. Y al deslizar la mano por detrás de la cabeza de la mujer, esta gimió lastimeramente, como si cualquier movimiento, incluso respirar, le provocase dolor. A Bronwyn se le llenaron los ojos de lágrimas, pero cuando levantó la vista vio que Olivia había hecho lo que le había pedido. Acercó el vaso a la boca de la mujer.

La mujer bebió con ganas, entre sollozo y sollozo, hasta que por fin paró.

—*Merci* —dijo, mirando a Olivia—. Eres un ángel.

—Lo es —reconoció Bronwyn, relajándose. Aunque el idioma materno de la mujer era el francés, hablaba bien el inglés—. Es un ángel que ha venido en su rescate. Y ahora irá a buscar un médico para que la vea.

—*¡Non!* —Una frágil mano apresó el brazo de Bronwyn y lo soltó enseguida—. No se lo digan a nadie. Me matará... si lo hacen.

Bronwyn miró por encima del hombro, esperando toparse con una figura amenazadora.

—¿Su marido?

—¡*Non!* No soy tan estúpida.

La vehemente negación minó todas sus fuerzas.

Y tal y como Bronwyn sabía que sucedería, la enfermera nata que su hermana llevaba dentro se puso en acción. Olivia humedeció una toalla y retiró el pelo que caía sobre la frente de la mujer.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Olivia.

—Me llamo Henriette. —Abrió los ojos, y los cerró a continuación—. ¿Se ha apoderado también de usted?

—No, nadie se ha apoderado de mí.

—*Bon.* Una mujer tan guapa... no debería caer en manos tan brutales. —Se retorció como consecuencia de un espasmo—. Huya. No permita que se apodere de usted.

—No permitiré que nadie se apodere de ella. —Bronwyn cogió la frágil mano que asomaba por encima de la colcha—. Es mi hermana.

—¿Hermana? —Henriette las observó—. No se parecen en nada.

—Pero tenemos una determinación parecida —insistió Bronwyn—. La ayudaremos a escapar.

—Demasiado tarde. Enciendan velas... por mi alma, se lo suplico.

—Por supuesto —concedió Olivia.

—Ese hombre malvado me ha asesinado. Prométanme que encenderán... —Henriette inspiró hondo para contener el dolor— velas para guiarme. —Su mano se debatió con impotencia en el aire—. Prométanmelo.

Olivia sonrió, dulce como el ángel que había mencionado Henriette.

—Prometido.

Satisfecha, Henriette cerró los ojos.

—*Allez.* Váyanse. Volverá enseguida.

Bronwyn negó con la cabeza.

—Nadie va a sacarme de aquí, y buscaré ayuda para...

—Me acusarán a mí, porque soy francesa. Dirán que lo hice yo, pero no fue así.

—No entiendo nada —dijo Bronwyn.

—Él asesina y me culpan a mí.

—¿Qué? ¿Quién?

—No sé a quién. Él dice que a su criado... lo mata con un título.

—¿Con un título? ¿Un palo, querrá quizás decir?
—*Non*. —Movi6 la cabeza sobre la almohada de un lado a otro, un esfuerzo agotador—. Un t6tulo —insisti6 Henriette.

Aquellas incoherencias no ten6an sentido alguno para Bronwyn.

—Imagino que hay formas mejores de hacerlo.

—*Non*...

Henriette tosi6 y apareci6 un hilillo de sangre en la comisura de la boca.

Olivia corri6 con un pa6o para secarle la boca.

—No hable —le inst6.

Henriette hizo caso omiso.

—Cuando se dio cuenta de que lo hab6a o6do, me cogi6. Me golpe6 hasta matarme.

Bronwyn la tranquiliz6 acarici6ndola.

—No podemos dejarla aqu6.

—¿No podr6amos cont6rselo al posadero? —pregunt6 Olivia—. Si supiese lo malherida que est6 esta mujer...

Bronwyn explot6 como si hasta entonces hubiese estado conteniendo su exasperaci6n.

—Esto es Londres, ha dicho, y que si tuviese que extender la mano en son de amistad a todos los necesitados, acabar6an cort6ndosela. Ha dicho que cosa y que me olvide de los gemidos.

—Es terrible. —Olivia se tap6 la cara con la mano—. ¿Qu6 hacemos? No somos m6s que dos ni6as. Ni siquiera estamos casadas.

—Yo estoy comprometida. ¿No me convierte eso en una persona fiable? —Bronwyn cogi6 por los hombros a su hermana menor y la sacudi6 ligeramente—. Existe una manera. Tengo un plan.

—Uno de tus planes —se quej6 Olivia.

Pero Bronwyn le hizo caso omiso y le pregunt6 a Henriette:

—¿Hay alg6n lugar d6nde poder llevarla?

El rostro de Henriette expres6 una inmensa a6oranza.

—De poder hacerlo, *le bon Dieu* las bendecir6a.

—D6game d6nde ir6a —insisti6 Bronwyn.

—Al sal6n de madame Rachele. ¿Sabe d6nde...?

—Lo averiguar6. Olivia, baja a ver al lacayo y dile que queremos un carruaje para mam6.

—¿Voy sola?

—¿Prefieres quedarte tú con mademoiselle Henriette y que vaya yo? Olivia miró de reojo la inflamada cara de Henriette y luego miró la puerta.

—Me quedo.

Sorprendida por aquella inusual muestra de valentía, Bronwyn le preguntó:

—¿Y qué pasará si vuelve a aparecer ese hombre?

—Pondré una silla delante de la puerta. No me gusta hablar con desconocidos. No puedo pedir un carruaje. Henriette me necesita y sé cuidar enfermos mejor que tú.

Bronwyn levantó la barbilla.

—Hasta el momento también lo he hecho bien.

—Has sido muy valiente, pero estas blanca como unas enaguas recién blanqueadas. —Olivia le dio un empujoncito a Bronwyn—. Date prisa.

Bronwyn sonrió a su caritativa hermana.

—Cuando vuelva, llamaré tres veces a la puerta para que sepas que soy yo y me abras.

Cruzó corriendo la puerta, bajó con gran estruendo la oscura escalera y se detuvo en seco al llegar a los pies de la misma. Era hija de un conde y como tal debía comportarse. Recompuso su cara peluca castaña y se pellizó sus bronceadas mejillas para darles color. Con una indolencia excesiva, atravesó la taberna en dirección a la puerta de entrada. Asomó la cabeza y divisó a un joven, a buen seguro dispuesto a buscarle un medio de transporte a cambio de un penique de propina. Desde el umbral, gritó:

—¡Usted! Necesito un carruaje para mi madre. Quiere desplazarse a Londres como es debido. Mi madre está impedida por la gota y... —respiró hondo— necesita un carruaje.

El chico respondió en cuanto vio el destello de la moneda.

—De acuerdo, milady, enseguida busco un carruaje.

Bronwyn se dispuso a entrar de nuevo.

—No deje que se marche. Manténgalo aquí. —Dio media vuelta y corrió hacia la habitación, llamó tres veces a la puerta y esperó a que Olivia retirara la silla—. Corre —dijo cuando Olivia abrió—. Ya tengo el carruaje.

Le dio la impresión de que Olivia había estado llorando.

—Henriette no puede bajar. Está sangrando mucho.

La voz ronca de Henriette interrumpió la conversación.

—No me dejen morir aquí, *je vous en prie*. Llévenme con Rachele, quiero morir en paz.

—Dios mío. —La enorme mancha de sangre en las sábanas obligó a Bronwyn a agarrarse a la puerta. Henriette se estaba desangrando como consecuencia de alguna lesión interna. Olivia se acercó en busca de consuelo y Bronwyn la estrechó entre sus brazos. Aquello era mucho peor que cualquier cosa que hubieran imaginado, mucho peor que cualquier cosa que hubieran presenciado en el transcurso de su resguardada vida. Pero el cariño de hermanas les dio fuerza y Bronwyn le murmuró a Olivia—. Ahora no podemos darnos por vencidas. Ayúdame a envolverla con la sábana.

Bronwyn retiró de un tirón la sábana encimera y la deslizaron por debajo de Henriette. La ayudaron a sentarse y la envolvieron con su capa. Mientras le cubrían la cara con un velo, Bronwyn cayó en la cuenta de que entre Olivia y ella tendrían que bajarla hasta la calle. Bronwyn se alegró de que hubieran decidido viajar con sus cómodos trajes de amazona y por primera vez en su vida dio gracias a Dios por la altura y la fuerza de Olivia.

Pasaron los brazos de Henriette por encima de sus respectivos hombros, la rodearon por la cintura y se pusieron en marcha. Henriette avanzó depositando todo el peso del cuerpo sobre un pie y arrastrando el otro. Al llegar a la escalera, Bronwyn dijo:

—Vigila tanto tu falda como la de ella, Olivia. Tendrá que dejar que la bajemos nosotras. Pon buena cara, Olivia. Vamos de paseo.

Henriette se relajó y Olivia mostró todos los dientes en una sonrisa fingida. Bronwyn siguió su ejemplo. Cuando el posadero de The Brimming Cup las saludó, se giró con el corazón encogido.

—Estupendo, señoritas, veo que han encontrado la forma de entretenerse en ausencia de sus padres. Mejor que meter las narices en los asuntos de los demás. —El calvo posadero estaba ansioso por compensar la rudeza de antes. Sin duda, su padre no le había pagado aún por la estancia y no quería tener que sufrir las consecuencias de las quejas de las hijas. Al ver la dama velada, preguntó—: ¿Su abuela? No me había dado cuenta de que también las acompañaba.

—Sí, claro —explicó Bronwyn—, ha llegado también esta tarde mientras usted... se ocupaba del equipaje. Viaja con nosotros.

—Perfecto. Andaba yo preocupado con la idea de que sus padres se hubieran marchado a callejear por Londres sin dejar debidamente acompañadas a dos mujeres tan bellas. —Le hablaba a Bronwyn, pero su mirada se quedó posada en Olivia—. Un deber excesivo para un posadero.

La tensa figura bajo las manos de Bronwyn se relajó infinitésimamente. Bronwyn suspiró con melancolía y abrió los ojos para adoptar una expresión que imaginaba parecería de inocencia.

—Mamá y papá saben que con la abuela siempre estamos seguras. Desea visitar algunos de sus lugares preferidos en el centro de Londres.

El posadero les sujetó la puerta y pasaron las tres ocupando toda su anchura.

—Es una ciudad magnífica. Disfrutarán del paseo.

El carruaje estaba aguardándolas y el chico les abrió la puerta. El posadero salió dispuesto a ayudarles a subir a Henriette, pero Bronwyn le espetó:

—¡No la toque! —El posadero retrocedió, ofendido y, sin más ayuda, subieron a Henriette y la instalaron en el asiento—. A la abuela no le gustan los desconocidos.

—¿Abuela? —dijo el chico, rascándose la cabeza—. Creí haber entendido que era su madre.

La curiosidad afiló las facciones alargadas del posadero.

—No, su madre es una dama más joven.

El chico insistió en un tono acusador.

—Pero ha dicho que era para su madre.

—Sí... bueno...

Desde el interior del carruaje, una voz débil y chirriante dijo:

—Su madre es tan frívola que he sido yo la que ha criado a las niñas. Me llaman «madre».

Recordándose lo que estaba en juego, recordándose que la aristócrata era ella y el posadero su servidor, dijo entonces Bronwyn:

—Vamos, buen hombre, ponga en marcha estos caballos.

Su tono imperioso vaciló cuando el lunar embellecedor que lucía sobre el labio cayó al suelo. Cuando el chico cerró la puerta, vio de reojo que contenía una sonrisa.

Cuando llegaron a la espléndida mansión de Curzon Street, Bronwyn llamó a la puerta y se agitó con nerviosismo. ¿Qué explicación daría a quién abriese?

La puerta se abrió enseguida y una joven con los dedos manchados de tinta miró distraídamente a Bronwyn y le preguntó:

—¿Viene a ver a Rachelle?

El acento francés, tan similar al de Henriette, impresionó a Bronwyn, que respondió con premura:

—Vengo con una amiga de madame Rachelle. Se llama Henriette...

La puerta se abrió por completo.

—¿Henriette? —La mujer se giró y gritó—. ¡Henriette ha vuelto!

La frase se repitió en el interior y de pronto rodearon el carruaje tres mujeres, ninguna de ellas mayor de veinticinco años.

—Con cuidado —ordenó Olivia en una excepcional muestra de autoridad—. Le duele todo.

Las mujeres se sorprendieron y Olivia las apartó con delicadeza.

—¿Está preparada, Henriette?

En cuanto escucharon un murmullo afirmativo, Olivia y Bronwyn la ayudaron a subir la escalera. La mujer se había quedado completamente sin fuerzas. La transportaron hasta la entrada.

—Hay que acostarla —dijo Bronwyn—. ¿Dónde podemos dejarla?

—En el sofá del salón —dijo una voz, dando órdenes desde los pies de la escalera interior.

Concentrada en mantener el equilibrio, Bronwyn apenas prestó atención a la propietaria de aquella autoritaria voz francesa. Henriette echó la cabeza hacia atrás en cuanto la depositaron y musitó:

—Rachelle.

Una mujer de más edad, cubierta con tocado de viuda, se arrodilló junto al sofá y retiró el velo de Henriette. Las jóvenes sofocaron un grito al ver el estado en que se encontraba Henriette y Bronwyn sintió náuseas al contemplar una vez más aquella brutalidad.

Rachelle no apartó ni por un momento los ojos de Henriette.

—¿Puedes ayudarme, Daphne?

Se aproximó una de las jóvenes, examinó con rapidez y habilidad a Henriette y acarició la rígida figura de Rachelle.

—Haría cualquier cosa por ti, Rachelle, lo sabes. Pero aquí no puedo hacer nada. —Jugueteando nerviosa con los flecos del chal que le cubría los hombros, murmuró—: Si deseas que la examine alguien más, no me sentiré ofendida.

—No. —Rachelle acercó la mano al pulso del cuello de Henriette—. Se está muriendo.

Olivia cogió la mano de Bronwyn y se la apretó. La única que no estaba acobardada era Rachelle.

—¿Quién te ha hecho esto, *ma mignonne*?

Henriette movió los labios, pero no consiguió articular palabra. Bronwyn llenó una copa con jerez de una botella que había en la mesa y se lo ofreció a Rachelle. Sin levantar la vista, esta acercó la copa a los labios de Henriette, pero Henriette no podía ni beber. Rachelle su-
mergió el dedo en el líquido y se lo pasó por los labios.

—Pensaba que habías huido con tu joven lord. ¿No fue así?

Henriette negó con la cabeza.

—Eso nos dijo que haría. ¿Está al corriente de esto?

Otra negativa y después de aquello, Henriette se quedó inconsciente.

Rachelle se incorporó y se volvió hacia las hermanas.

—¿Cómo la han encontrado?

Bronwyn se humedeció los labios.

—Estaba encerrada en una habitación contigua a la nuestra. Forzamos la puerta y...

Rachelle se abalanzó hacia ella y Bronwyn se encontró de repente apretujada contra su huesudo pecho.

—Debería haber reconocido su valentía enseguida. —Abarcó a Olivia en su abrazo—. Y su valentía es mayor si cabe, puesto que estaba petrificada. Vayan con mis amigas. Les ofrecerán un refresco.

Siguiendo las indicaciones de las mujeres más jóvenes, Bronwyn y Olivia abandonaron el salón. Bronwyn miró hacia atrás y vio que Rachelle, desolada, acunaba a Henriette entre sus brazos. La imagen del dolor de Rachelle le abrasaba los pensamientos.

Rachelle cogió de la mano a Bronwyn y Olivia para conducir las hacia el salón.

—Asumo todas mis responsabilidades, pero Henriette era mi hija. Rebelde, cabezota, pero mi hija, de todos modos. Y con dieciséis años, ¿quién no se mete en problemas? Apenas la he cogido entre mis brazos y se ha ido.

Entrelazó sus finas y venosas manos para impedir que le temblaran. Dejó caer la cabeza como si le pesara mucho y a Bronwyn se le encogió el corazón.

Bronwyn habló, tartamudeando.

—Lo siento. Nos gustaría poder haber sido de más ayuda.

—Han ayudado. La han traído a mi casa.

—Madame Rachelle —dijo Olivia—. Debo decirle que le prometí a Henriette que rezaría por ella. Es un voto sagrado. ¿Sabe dónde está la iglesia católica más cercana?

—Tus oraciones también serán escuchadas si rezas en una iglesia anglicana —sugirió Bronwyn.

Olivia lanzó una mirada de reproche a su hermana.

—Le prometí que encendería velas por su alma, y quiero hacerlo en las circunstancias correctas.

Bronwyn se quedó asombrada ante la excepcional determinación de su hermana.

—Por supuesto. Nos detendremos de camino de vuelta a la posada. Si madame Rachelle desea indicárnoslo.

Rachelle miró pensativa a Olivia.

—Es usted encantadora. En Inglaterra no es fácil encontrar un lugar donde rendir culto a mi fe, razón por la cual tengo una capilla en casa.

Cogió una campanilla de plata y la hizo sonar. Apareció enseguida una de las mujeres y le pidió a Olivia que la acompañara.

Rachelle extrajo un pañuelo del bolsillo de la falda y dio unos simples golpecitos a su nariz colorada.

—Pensaré que no tengo corazón, ¿verdad?

—No —respondió vacilante Bronwyn—. No, yo...

—¿Se tomaría su madre con esta calma la muerte de usted o de su hermana?

Su acento era más marcado que el de Henriette; tenía un carácter forjado al fuego.

—No... No, estaría desolada. Tremendamente desolada.

—Huí de Francia para evitar precisamente la pesadilla que ahora se ha llevado a mi hija. Tengo la sensación de haber convivido a diario con este tipo de dolor, y el dolor me ha endurecido. —Rachelle unió las manos y se inclinó sobre ellas, como para aliviar un espasmo—. Pero a veces esta angustia me taladra. Me vengaré. Encontraré al bruto que la ha asesinado.

—Si se me ocurre otra cosa que dijera Henriette, cualquier otra pista, me pondré en contacto con usted. Bronwyn saludó con una reverencia.

—Sé que lo hará. —Madame Rachelle enderezó la espalda y estudió a Bronwyn. Indicándole con un gesto la peluca, le dijo—. ¿Puedo?

Y antes de que a Bronwyn le diera tiempo a responder, le afané el elaborado postizo.

Bronwyn se llevó las manos a la cabeza y protestó.

—Madame Rachelle...

—Rachelle. —La dama levantó un dedo para regañarla—. Soy Rachelle para los amigos.

Bronwyn permaneció en silencio mientras caían las cintas que le sujetaban el pelo. Le resultaba imposible llamar por su nombre a una mujer de la edad de su madre. Sería una falta de respeto.

Ansiosos por escapar de su encierro, los rizos saltaron entre sus dedos.

—Mi pelo es ingobernable sin peluca. Me lo cortaría, pero mi padre...

—¿Cortar esto? —Rachelle le apartó las manos a Bronwyn y cogió un mechón—. ¿Cortar esto? Es tan claro que es casi plateado. Es *clair de lune*... luz de luna.

—No, no puedo. Mi padre no quiere ni oír hablar del tema.

—Yo tampoco habría permitido a Henriette que se lo cortase, y me pasaba horas peinándolo... —Dos lágrimas, dos joyas diminutas, brillaron en los grandes ojos de Rachelle y resbalaron por sus descoloridas mejillas. Se cubrió la boca con la mano para contener los sollozos. Los huesos de los pómulos sobresalieron por debajo de la carne y le otorgaban un aspecto frágil. Cuando volvió a hablar, le temblaba la voz—. ¿Conozco a su padre?

—Es lord Rafferty Edana, conde de Gaynor.

—No, no creo que haya asistido nunca a alguna de nuestras veladas. —Rachelle se sirvió del pañuelo para capturar la última lágrima—. ¿Gaynor? ¿Dónde está eso?

—En la salvaje costa del norte de Irlanda, donde juegan las focas y gritan las gaviotas.

—Se crió usted allí —observó Rachelle—. He captado en su voz un débil acento.

—Mi padre insistió en que nos criáramos en su finca natal. Todas permanecimos allí hasta los diez años de edad y entonces vinimos a Inglaterra. —Bronwyn suspiró—. Mi madre insistió también en que todas nos hiciéramos mujeres en *su* finca natal.

—¿Todas?

—Somos ocho hermanas: Linnet, Holly, Lucille, Editt, Duessa, Wallis, Olivia y yo.

—Espere. Espere. —Rachelle levantó un dedo—. ¿No querrá usted decirme que es usted una de las conocidas como las sirenas irlandesas? ¿Su hermana es Linnet, la condesa de Brookbridge?

Bronwyn asintió.

—¿Edith, la marquesa de Kenicelster? ¿Duessa, la duquesa de Innsford?

—La duquesa Duessa. —Bronwyn sonrió—. Fue la primera que cazó un duque. Wallis solo cazó un barón, pero su fortuna compensa su falta de relevancia. Yo soy la siguiente a la que toca casar, después está Olivia.

—¿Cuándo se casa, pues?

—Mi padre se negó a considerar cualquiera de mis anteriores pretendientes. Carecían de título o de fortuna.

—¿Y ahora?

—Estoy prometida al vizconde Rawson.

Rachel dejó en el sofá la odiosa peluca.

—¿Adam Keane?

Entonces Bronwyn le preguntó:

—¿Le conoce? ¿Es jovial? ¿Atento?

—¿Jovial? ¿Atento? ¡Non! Jovial no es precisamente un calificativo adecuado para Adam Keane. Es *sombrío* y... encerrado en sí mismo, y demasiado inteligente. No, definitivamente no... —Rachelle se interrumpió y su mirada se agudizó—. ¿Le conoce ya?

El intrincado motivo de la tapicería del sofá llamó la atención de Bronwyn. Con el dedo, empezó a recorrer tallos y flores.

—Él me ha visto sin que yo lo viera. ¿No le parece muy dulce?

—Adam Keane nunca es dulce —dijo Rachelle sin alterarse—. Es un hombre amargado. ¿Espera de usted que sea como otra de sus hermanas?

—Supongo.

—¿Qué hará cuando lo conozca?

Con un destello de humor, replicó Bronwyn:

—Mis padres estarán presentes. No podrá matarme allí mismo.

Rachelle mantuvo la seriedad.

—El sarcasmo de ese hombre puede resultar intimidante.

—Mi padre dice que soy lo bastante agradable como para que me considere —dijo Bronwyn a la defensiva.

Rachelle se levantó y le ahuecó el cabello hasta que sus largas trenzas se esparcieron por encima de los hombros.

—Madre mía, eres *magnifique*...

Bronwyn resopló.

—... aunque según el estilo típico inglés, tu aspecto no es el adecuado.

—Mamá hace lo que puede.

—Su madre se parecerá a sus hermanas, imagino.

—Mis hermanas no le llegan ni a la suela del zapato. —El cariño y el orgullo que Bronwyn sentía por su madre superó su turbación—. Alta, elegante, con estilo, con una melena negra como la de Olivia, aunque la suya tiene una veta blanca en la sien. Su piel es pálida e inmaculada. Con mis hermanas guarda un fuerte parecido.

—Usted, querida, parece una niña cambiada, pero es de todos modos *frappant*. Llamativa.

—Mi padre me llama «Pixie» porque soy bajita y cuando me da el sol me bronceo enseguida. ¿Lo ve?

Bronwyn se señaló la nariz.

—Un encantador contraste con sus ondas naturales y sus asombrosos ojos. —Rachelle le hizo girar la cabeza—. ¿De qué color son?

—Marrones, a falta de una palabra mejor. Dice mi padre que son bonitos.

—Creo que su padre me gusta.

Las flores y los motivos de la tapicería atrajeron de nuevo la atención de Bronwyn.

— Como a la mayoría de las mujeres. Es un conquistador irlandés.

— Tal vez invite a sus padres a que vengan a una de nuestras veladas. Sería fascinante charlar con la madre y el padre de tales pilares de la sociedad.

— ¿Mi madre? ¿Quiere que venga mi madre?

— ¿No lo haría?

— No lo sé. Jamás pensé que... — Bronwyn tragó saliva —. Madame Rachelle...

— Solo Rachelle, *s'il vous plait*.

— Me preguntaba... ¿qué tipo de lugar es este? He oído decir que, a veces... — Bronwyn frunció la falda de su traje, creando pequeñas pirámides —. La verdad es que nadie me cuenta nada, pero corren rumores de lugares donde solo los hombres...

Rachelle acudió a su rescate y le dio unos golpecitos cariñosos en la mano.

— Son muchos los ingleses que piensan como usted. Esto es un salón. Mis amigas, las chicas que viven conmigo, son *jeune filles de bonne famille*.

— ¿Nobles?

— *Oui*, nobles que pasan por tiempos difíciles. Una de ellas estudia el firmamento y busca las respuestas de la vida en el movimiento de las estrellas. Otra canta con una voz pura y bella. Daphne, ya la ha visto, estudia el cuerpo humano y desearía convertirse en *docteur*.

— ¿Lo hace usted... por amistad?

— Qué desconfiada — la recriminó Rachelle —. Tengo dinero. ¿Cómo si no podría ayudar a las chicas? En Francia, las *salonières* pagan una pensión a aquellas que lo valen. En Francia, los salones son una institución, un lugar donde hombres y mujeres de la élite intelectual, social y artística pueden conversar libremente.

Aturdida por la sensación de alivio, Bronwyn suspiró.

— En este caso, la reputación de los Edana sigue siendo intachable.

— Tal vez no. Soy viuda de un noble francés, una mujer casta. Pero siempre están *les saintes nitouche* que dan por sentado que cualquier relación platónica entre un hombre y una mujer está destinada al fracaso. Podría haber chismorreos si se descubriese que ha

estado usted aquí. —Rachelle rió al percibir el cambio en la expresión de Bronwyn—. Las devolveré a su posada en un carruaje cubierto.

Recordando su deber, Bronwyn se levantó.

—Me temo que tendríamos que ir regresando. Mis padres no saben dónde estamos.

—No es mi intención criticarlos, pero no deberían haber dejado solas a sus valiosos tesoros en un lugar como aquel.

Y recordando su valioso tesoro recientemente usurpado, las comisuras de los ojos castaños de Rachelle se llenaron de lágrimas.

—Mis padres se rigen según sus propias leyes —le aseguró Bronwyn—, pero ninguna de mis hermanas ha sido jamás objeto de violencia.

Rachelle la cogió por el brazo y la acompañó hacia el pasillo.

—Tal vez sus hermanas no tengan la naturaleza bondadosa e impetuosa que tiene usted.

—Si se refiere a que no muestran tendencia a dejarse llevar por impulsos desenfrenados, me temo que es cierto.

Entraron en una minúscula capilla situada en la parte posterior de la casa, perfumada por el aroma que despedían las flores y las velas. Todas las mujeres de la casa de Rachelle estaban allí arrodilladas, con Olivia entre ellas.

Por muy acostumbrada que estuviese Bronwyn a la belleza de su hermana, se quedó embelesada con la pureza de su perfil. La serenidad de Olivia era sublime, su devoción amedrentadora. Bronwyn se acercó a ella y le tocó el brazo.

—Vamos —dijo en voz baja—. Es hora de irnos.

—Por supuesto —replicó Olivia—. Pero ¿no querrías antes encender una vela para Henriette?

El recuerdo de los tiempos de Bronwyn en Irlanda seguía presente. Allí había aprendido los principios básicos de la religión católica. Su madre, con los pies firmemente enraizados en la tradición inglesa, se habría horrorizado, pero la sabiduría infantil había refrenado a sus hijas de comentárselo. Bronwyn utilizó el pañuelo que llevaba sobre los hombros para cubrirse la cabeza. Bajo la mirada de aprobación de su hermana, rezó una oración por el alma de Henriette. Se levantó y dijo:

—Vámonos, Olivia.

Después de lanzar una última y prolongada mirada al altar, Olivia obedeció.

—Les he llamado un carruaje —dijo Rachelle al ver que se acercaban a la puerta.

Olivia señaló su cabeza, luego la de Bronwyn. Esta se llevó la mano al pelo de inmediato.

—¡Mi peluca! Me la olvidaba. —Cambiano de dirección, regresó al salón y rescató el postizo que había quedado junto a la chimenea.

—¿Se lo pondrá? —preguntó Rachelle.

Mirando con mala cara la peluca castaña, dijo:

—No, iré así.

—Como guste. *Encore, merci beaucoup.*

Aquella mujer acababa de perder una hija e «Igualmente» no parecía la mejor réplica. Bronwyn lo dijo, de todos modos, como muestra de su admiración y a modo de homenaje.

Con la mano ya en el pomo de la puerta, Bronwyn miró de nuevo el salón. Podía imaginarse perfectamente la estancia llena a rebosar de gigantes políticos y literarios, escuchar cálidas voces femeninas hablando de política, de literatura, de música. Percibía casi el calor de los debates. El anhelo se apoderó de ella.

Notó una mano en el brazo y se giró de repente. Rachelle estaba a su lado.

—Siempre que lo desee puede venir a verme. Estoy en deuda con usted por haber rescatado de forma tan valiente a mi hija, y además... me gusta, Bronwyn Edana.

—Gracias por el ofrecimiento, madame...

—Llámeme Rachel.

—Gracias por su amable ofrecimiento —respiró hondo—... Rachelle, pero no haré nunca eso que acaba de sugerirme.

—Nunca diga «nunca». Recuérdelo. —Rachelle se fundió con la penumbra de la casa—. Recuérdelo si algún día se encuentra en situación de necesidad.